

SERMON

PARA EL LUNES DE LA TERCERA
Semana.

Sobre el Zelo.

Dixit Jesus Pharisæis: Utique dicetis mihi
hanc similitudinem: Medice, cura te
ipsum.

*Jesu-Christo les dixo à los Fariséos: sin duda que
me aplicareis este proverbio: Medico, curate à
ti mismo. S. Luc. cap. 4. v. 23.*

El hablar así el Hijo de Dios à los Fariséos, no fue por una precisa conjetura de su oculta disposicion, y de la malignidad que tenían en sus corazones contra su persona: fue, dice San Juan Crisostomo, por espíritu de Profecía, y por una vista anticipada de lo que había de suceder en su Pasión; pues en efecto al verle los Fariséos en la cruz le dieron en cara con que había salvado à otros, y no podía salvarse à sí mismo. Baldon que este divino Salvador tenía muy previsto le habían de hacer en algun día; pero le daban respuesta anticipada los milagros que en Judéa y Galiléa estaba haciendo: baldon que solo con el espíritu de la infidelidad se le podía echar en cara à Jesu Christo; y baldon en fin, que se destruía à sí mismo, pues no tenía mas fundamento que la envidia y obstinacion de los Fariséos. Pero no podemos decir, que si quisieramos aplicarnos este baldon, tuviera contra nosotros

la

la fuerza que contra Jesu-Christo no tiene? Esto me empeña, amados oyentes míos, en tomar por materia de este discurso, la que con efecto incluye todo el misterio de nuestro Evangelio; conviene à saber, este proverbio comun entre los Judíos: *Medice, cura te ipsum*, Medico, curate à ti mismo. Este me da motivo para deciros con los mismos terminos, ó à lo menos en el mismo sentido; Christianos, pensad en vosotros mismos, corregios à vosotros mismos, no tengais tanto zelo para con los demas, que para con vosotros no le tengais mayor: ó por mejor decir, medid el zelo que teneis de los otros, con el que de vosotros debeis tener, y sacad de este las consecuencias para aquel. Esta es la doctrina sólida que intento daros, en habiendo implorado el favor del Cielo por la intercesion de Maria. AVE MARIA.

No hay cosa mas heroica en el orden de las virtudes Christianas, que el zelo de la salvacion y perfeccion del proximo. Porque este zelo, segun el pensamiento del Doctor Angélico Santo Tomas, es una expresion del amor divino; es lo mas puro y exquisito de la caridad; es en lo que estuvo el caracter de los hombres Apostólicos; es el dón que tuvieron los Profetas, y el espíritu que anima à los Predicadores del Evangelio. Así, quando la Escritura habla de los Apostoles, nos los representa como estrellas brillantes en el firmamento de la Iglesia; es decir, como unas luces en que tiene Dios complacencia de hacer que resplandezcan todas las riquezas de su gracia. No obstante, Christianos, por mas excelencias y prerrogativas que yo descubra en este zelo de la perfeccion de los otros, tengo por evidente (y este es todo mi designio) que se ha de sostener y apoyar, que se ha de purificar y arreglar, que se ha de suavizar y moderar con el zelo de nuestra perfeccion propia. Se ha de sostener y apoyar, porque si no, es vano y sin efecto; se ha de purificar y reglar, porque sin eso es defectuoso y falso; se ha de suavizar y moderar, porque sin eso es aborrecible y enfadoso.

Procurad imponeros bien en estos tres pensamientos. No hay cosa mayor que el zelo de la salvacion y perfeccion

Tom. III. Quaresma.

N

cion

cion de los proximos; pero aunque es tan grande mirandole de parte de Dios que le inspira, puede ser, tomandole de parte del hombre que le exercita, débil en su motivo, vicioso en su substancia, y excesivo en su práctica. Puede ser débil en su motivo, porque no se piensa antes de todo en apoyarle sobre un fundamento sólido. Puede ser vicioso en su substancia, porque no se tiene cuidado de discernirle justamente. Puede ser en su execucion excesivo, porque no se mezcla en ella lo que ha de servir de temperamento prudente. Pues de qué depende este fundamento sólido que ha de sostener nuestro zelo, este juicio de discrecion que ha de arreglarle, y este temperamento prudente que le ha de moderar? Del cuidado que debemos tener en primer lugar de corregirnos y perfeccionarnos à nosotros: este zelo de nosotros apoyará nuestro zelo para con el proximo, le dará rectitud, y ultimamente le ha de suavizar. Ved ahí en tres palabras las tres partes de este discurso.

I. PARTE.

El zelo de correccion y de reforma, que el mirar por los intereses de Dios suele inspirarnos, ha de comenzar por nosotros mismos: esta máxima se funda en el orden esencial de la caridad que pide que en todo lo que mira à la salvacion, nos amemos sin excepcion à nosotros, prefiriendonos à todos los demas. Porque el amor propio, que en todo lo demas (dice San Ambrosio) se condena como vicioso y como injusto, en este punto no solamente es virtuoso y racional, sino de una necesidad, y de una obligacion indispensable. En efecto, debo amar la salvacion de mis proximos mas que mi hacienda, mas que mi salud, mas que mi honra, y mas que mi vida: pero no me es lícito amarla tanto como mi propia salvacion y perfeccion segun Dios; y si estuviera en mi mano convertir todo el mundo à costa de pervertirme yo, ò reformarle quedando yo desordenado, debería abandonar la conversion y reforma de todo el mundo, persuadido à que no quisiera Dios en-

entonces que el mundo se convirtiese, y se reformase por mí; pues no podia ser sin perjuicio de la caridad personal que me debo à mí, y en virtud de la qual quiere Dios que en primer lugar me aplique à cuidar, y darle cuenta de mí mismo.

Asi discurre San Agustin, y despues de él el Doctor Angélico Santo Tomás. Y qué se sigue de ahí? Lo que dixe al principio: que todo el zelo de la perfeccion de los otros, que no supone un zelo sincero de perfeccionarse à sí mismo, por mas recta que sea la intencion que le mueve à obrar, es un zelo que no vá fundado en el buen juicio, un zelo mal ordenado, un zelo fantástico y engañoso, y por consiguiente un zelo sin autoridad de parte del que le exercita, y sin efecto en aquellos en quienes le emplea. Por qué es zelo sin autoridad de parte de aquellos que le exercitan? San Gregorio dá la razon de ello: porque solo el buen exemplo, y el testimonio que dá una persona de haber empezado por sí misma, puede autorizar una empresa tan delicada, como la de reformar à otros; y quando el zelo no se apoya en un tenor de vida, tan ajustada à lo menos como la que se le pide, y se le quiere dar por ley al proximo, es zelo que no tiene aquella proporcion necesaria para sacar la cara al descubierto, y poder obrar. Explicóme; vosotros os inquietais por muchas cosas, que juzgais que son otros tantos abusos, y en que otros son de vuestro sentir, teniendolas por dignas de remedio: pero os dicen al mismo tiempo, que os está mal esta inquietud, mientras hay en vosotros muchas cosas reprehensibles, y muchas veces insoportables, que no alteran vuestra tranquilidad: sentis las injusticias y desordenes que reynan en nuestro siglo, y no se puede negar que hay muchos, y grandes; pero se os responde, que no os está bien el hablar tan recio, ni el hacer tantas exclamaciones contra los desordenes estraños, quando poneis tan poco cuidado en ciertos desordenes manifestos que se reparan en vosotros, y podiais vosotros reparar en ellos. Dais unos consejos saludables, y por ventura, atendiendo à los motivos y circunstancias, muy bien fundados: pero por mas

bien fundados que estén, no puede entenderse esa resolución con que se los dais à este, y à aquella tan exácta y rigurosamente, no queriendo jamas tomarlos vosotros mismos. Porque siempre causa asombro, y con razon, que aquellas faltas de que no habeis de dar cuenta à Dios, ni está en vuestra mano el corregirlas, motiven tanto vuestras marmuraciones y vuestras quejas, quando las vuestras, que os debieran dar mas cuidado, y son de las que Dios os ha de hacer cargo, no hacen impresion alguna en vosotros. Ordenan en vosotros la caridad, segun el precepto y expresion del Espiritu Santo; quiero decir, aconsejaos, y reprehendeos à vosotros mismos, escandalizaos de vosotros mismos, y despues podeis reprehender y censurar à los otros. De otra suerte, no solamente es debil vuestro zelo, sino que se hace de algun modo despreciable, pues lleva consigo lo que le refuta, y solamente el sacarle à él contra sí mismo, basta para hacerle callar, y confundirle.

Esta es la enseñanza grande que pretendia darnos el Hijo de Dios en el Evangelio con aquel genero de Parábola de que usaba: *Quid autem videtis festucam in oculo fratris tui; & trabem, que in oculo tuo est; non consideras?* (a) Por qué reparais una paja que hay en el ojo de vuestro hermano, y no echais de ver una viga que hay en el vuestro? Y cómo le podeis decir à vuestro hermano, dexad que os quite esta paja que os embaraza, teniendo vos una viga que os ciega? Como si hubiera querido decir el Salvador del mundo à este presumido zelo (esta es la reflexion que hace sobre este lugar San Juan Chrisóstomo, y coincide con mi pensamiento) como si le hubiera querido decir, que no le estaba bien un zelo semejante; y que este lenguaje de caridad, que fuera digno de alabanza en qualquiera, no podia servir sino para su oprobio. Como si le hubiera querido decir, que por manifestas que fuesen las imperfecciones de su hermano, no le tocaba à él el repararlas,

(a) Luc. 6. v. 41.

las, ni el verlas: *Quid autem videtis?* Que si tenia buena vista debia emplearla en sí mismo, y sentar como principio, que hasta haber llegado à conseguir el conocimiento propio, era presuncion querer conocer à los otros, y juzgarlos.

Doctrina que enseñaba mucho mas excelentemente con la practica este divino Maestro, quando llevaba à mal, pongo por exemplo, que los Fariseos intentasen acusar ante su Magestad aquella muger cogida en adulterio, y se metiesen en solicitar su castigo. Porque, como pregunta San Gerónimo, no era constante y averiguado el delito de esta muger? No mandaba expresamente la ley de Moisés, que fuese apedreada? Es verdad; pero juzgaba Jesu-Christo por cosa indigna, que unos hombres tan cargados de delitos como los Fariseos, y llenos de una falsa idea de sus virtudes, en nada pensasen menos que en castigar en sí mismos lo que en sus próximos tan rigurosamente condenaban, y hechos Fiscales públicos, se mostrasen tan ardientes por la observancia de la ley, y se hiciesen partes contra los pecadores: esto no podia llevar en paciencia el Salvador del mundo, y por eso les respondió, que el que entre ellos estuviese libre de pecado la tirase la primera piedra; dandoles à entender que à ese solo le era permitido el tirarla, y que los otros tenian harto que hacer con sus escandalos propios, sin convertir sus pensamientos y su zelo contra los escandalos de los demás. Argumento claro y convincente, que apretó tan reciamiente à estos sábios del Judaismo, que segun refiere el Evangelista, uno tras otro se fueron retirando de su presencia sin decir palabra: *Et audientes, unus post alium exibant, incipientes à senioribus.* (a)

Mas confesemoslo, amados oyentes míos, y lloremos aquí la miseria humana. Exáminemos bien todas las pinceladas de este retrato, y nos reconoceremos à nosotros mismos en él. Porque se vé acaso en la Christiandad cosa mas

(a) Joan. 8. v. 9.

comun que la ilusion de este zelo Farisayco, que consiste en ser muy perspicáz, muy ajustado, muy fervoroso en orden à los demas, sin tener cuidado alguno de sí mismo? Qué es lo que se vé ahora en el mundo? Bien lo sabeis: unos hombres que quisieran poner todas las cosas en su lugar, menos à sí mismos y sus procederes; seglares estragados, y quizá impios, que están predicando à los Eclesiásticos su obligacion continuamente; seglares mundanos y sensuales, que no hablan sino de la reforma de los Religiosos; Togados llenos de injusticia, que hacen invectivas contra la disolucion de la Corte; Cortesanos licenciosos, que están declamando contra las injusticias de los Togados; particulares de un gobierno desbaratado, que andan buscando medios para restaurar, ò mantener arreglado el Estado; pero se les pudiera decir con razon lo que Jesu-Christo dixo à aquellas hijas de Jerusalén: *Nolite flere super me, sed super vos ipsas flete.* (a) No lloréis por mí, sino por vosotras mismas.

En efecto, hay personas que se duelen y se lamentan de que el mundo está mas perdido cada día, que no hay Religion, que se abandonan los intereses divinos; mas no gimen las relaxaciones en que caen, y viven muy de asiento; no gimen la mala educacion que dan à sus hijos, ni los desordenes que toleran en sus criados. San Pablo no podía entender facilmente, cómo puede tener zelo de la Iglesia de Dios el que se descuida en lo que toca à su casa: *Quomodo Ecclesie Dei diligentiam habebit?* (b) Pero hoy se entiende bien lo que San Pablo no entendía, porque se ha dado en el secreto de unir estas dos cosas; y no obstante lo perdidas que están las familias Christianas por la negligencia de los que las gobiernan, con todo jamas la Iglesia ha tenido tantos reformadores, que sin enviarlos Dios para este fin, sin titulo y sin carácter, juzgan que Dios los ha suscitado y autorizado para emprenderle.

Sé bien, amados oyentes míos, que los Santos tuvieron

(a) Luc. 8. v. 58. (b) Tim. 3. v. 5.

ron este zelo; mas pluguiese al Cielo que insistiesemos en los exemplos de los Santos; que no fuera menester mas para movernos à una enmienda pronta, y para fundarnos bien en una sólida humanidad. Sé que David le decia à Dios: *Tabescere me fecit zelus meus, quia oblitii sunt verba tua inimici mei.* (a) Ah! Señor; mi zelo me consumió, quando ví à lo que llegaba el olvido que tienen de Vos vuestros enemigos; pero sé tambien, que no hablaba así sino despues de haberse reprehendido muchas veces à sí mismo porque se habia olvidado de Dios; despues de haber hecho una penitencia rigurosa de este olvido, y haber dado pública y cumplida satisfaccion de un olvido tan delinquente. Hagamos lo que hizo, y tendremos derecho para decir lo que dixo. Sé bien los deseos que concibia San Bernardo, quando con tanto ardor deseaba ver la Iglesia restituida à su antiguo lustre, y à su primitiva pureza: *Quis mihi det, ut videam Ecclesiam Dei sicut in diebus antiquis?* Pero tanto como me edifica el deseo de San Bernardo, otro tanto me asombra y me confunde el oír hablar así à un mundano, conocido por hombre de poca Religion, y en una mundana llena de soberbia, è indólatra de sí misma; y con ocasion de aquel y de esta vuelvo à la máxima del Evangelio: *Cura te ipsum.* Con vosotros se ha de hablar en estos terminos: Andad y curad vuestras llagas, que son manifestas y morales, y no os metais en querer curar las que por ventura sola la malignidad de un espíritu envidioso os ha hecho advertir donde no las hay. Quedaos en vosotros mismos, y hallareis bastante en que emplear, y aun apurar todo ese zelo que os hace tan activo y tan ardiente. Reformese la Iglesia: vengo en ello; pero no la habeis de reformar vosotros mientras fuereis los que sois. Por mas leyes que diereis, mientras nacen de vosotros que ninguna guardais, no servirán sino para vuestra confusion; pues ninguna cosa parece mas despreciable, que un zelo activo y ardiente en un hombre, cuyas acciones desmienten sus palabras.

Por

(a) Psalm. 128. v. 139.

Por eso ese zelo no tiene efecto en aquellos con quienes se exercita; porque como no gustamos de ser corregidos, y naturalmente nos enfada y altera qualquiera reforma que procede de otros, sin mas razon que provenir de otra parte, nos aplicamos muy de veras à examinar la vida de qualquiera, que baxo de una apariencia de zelo quiere tomar alguna superioridad sobre nosotros, y juzgamos que tenemos con que defendernos quando advertimos en él algunos defectos que él mismo no advierte, ni se hace justicia sobre ellos. De ese modo eludimos todas sus advertencias, sabemos cerrarle la boca, estamos tan lejos de darle oídos, que antes nos hacemos indóciles y rebeldes; y aun pensamos que tenemos derecho para responderle lo que respondió Jetro à Moysés: *Stulto labore consumeris.* (a) Vanamente trabajais, tomáis un cansancio muy inutil. No hay error mas craso, que el pensar que os han de creer, quando parece por vuestro proceder que no os creéis à vos mismo; y que han de seguir vuestros consejos, quando en la practica sois el primero que los abandonais. Eso es edificar con una mano, y destruir con otra, que es lo que califica de necedad la Escritura. Por esto, los que por su oficio tienen otros à su cargo, y los deben corregir, tienen doblada obligacion, (dice San Agustín) tan terrible delante de Dios, y tan grande como indispensable, de aplicarse en primer lugar à su propia perfeccion, para hacerse capaces de cumplir las obligaciones que la providencia los ha impuesto. Por eso hablando el Apostol de los Presbíteros y Ministros de la Iglesia, pone por primera calidad, que sean unos hombres irreprehensibles: *Oportet irreprehensibiles esse.* (b) Por qué? Para que los pueblos no le puedan decir: *Medice, cura te ipsum.* Sois Medico de las almas? Pues sedlo primero de la vuestra. El darles en cara con esto, les quita toda la libertad de hablar, y toda la autoridad para el exercicio de su ministerio. El darles en cara con esto (si puedo valerme de esta

sc-

(a) Ibid. 18. v. 18. (b) 1. Tim. 3. v. 2.

semejanza de Isaías) los hace unos perros mudos en la casa de Dios. El darles en cara con esto los pone en necesidad de pasar por el vicio, y de temer à los viciosos; de tolerar à este, y de no hacer esfuerzos con el otro. El darles en cara con esto es lo que siempre ha enflaquecido, y ahora mas que nunca, la disciplina y el buen orden que habian de sostener; pues para eso era necesario que fueran ellos los modelos del buen orden, y de la disciplina.

No por eso, Christianos, se les debe dexar de obedecer, ni de tomar sus doctrinas, aun quando se reconocieran en ellos mas defectos, y fueran menos ajustados; pues su caracter es independiente del merito de su vida; y segun Jesu-Christo, estando sentados en la Catedra de Moyses se debe recibir con respeto lo que enseñan, sin atender à lo que son: pero como el comun de los hombres no es tan avisado, ni tan arreglado à las leyes de la equidad, que pueda hacer esta precision, se hace comunmente el juicio de lo uno por lo otro, y al despreciar lo que son, se suele despreciar lo que enseñan. Pues si el ministerio mas sagrado no está libre de la malignidad del mundo, qué será de las demas condiciones? Ay! Christianos; qué no puede un hombre de las calidades que pedía San Pablo; un hombre irreprehensible? No hay mal que no pueda impedir; no hay bien que no sea capaz de solicitar. Si tiene algun cargo, con qué valor no hablará quando sea necesario hacer à los escandalos cara? Si es cabeza de una familia, qué imperio no tomará para hacer que florezca en ella la piedad? Si ha de educar hijos, qué peso no tendrán para con ellos sus advertencias y consejos, y con qué docilidad no serán recibidos de ellos? Pero qué fruto se puede esperar de las lecciones de moderacion y regularidad que diere à su hijo un padre desenfrenado y violento? Qué piensa conseguir una madre liviana, y dada al mundo por predicar à su hija la modestia y el retiro? Dad, Señor, à vuestra Iglesia Ministros que la gobiernen, y à nuestro pueblo caudillos que le conduzcan; pero Ministros que sepan gobernarse à sí mismos, pero caudillos que aprendan à guiarse à sí mismos: porque debe nuestro zelo fundar-

darse en el cuidado de nuestra propia perfeccion, y este cuidado debe ser la regla de nuestro zelo, como lo vamos à ver en la segunda parte.

II. PARTE.

Hay algunas virtudes, dice San Geronimo, de naturaleza tan equívoca y dudosa, que la primera regla para practicarlas con seguridad, es desconfiar de ellas. De esta condicion es el zelo de la perfeccion del proximo. Dios nos le encomienda como virtud, y necesaria en muchas ocasiones; mas porque este zelo está à peligro de degenerar y viciarse, quiere Dios que al practicarle le examinemos, y que sea nuestro principal cuidado el rectificarle: ya en lo que mira à nuestro entendimiento, ya en lo que pertenece à nuestro corazon. En lo que mira à nuestro entendimiento; porque puede ser que este zelo no sea segun ciencia, como nos enseña San Pablo: *Emulationem Dei habent, sed non secundum scientiam.* (a) En lo que pertenece à nuestro corazon; porque sucede muchas veces, que este zelo no sea segun caridad. Pues cómo le rectificaremos de una y otra suerte? Con el zelo de nuestra perfeccion propia; y esta es la segunda doctrina que saco de esta sentencia de nuestro Evangelio: *Cura te ipsum.* Tratemos de penetrar bien lo que significa.

Tenemos zelo de los otros, y muchas veces en lugar de ser zelo segun ciencia, por un infeliz contagio que le comunican las calidades de nuestro entendimiento, es un zelo errado, caprichudo, estrecho y limitado; que son otras tantas propiedades que le adulteran, y por consiguiente nos obligan à examinarle seriamente para conocerle bien, y no dexar que nos engañe. Permitid que descienda à una individuacion que explicará todo mi pensamiento. Quántos hereges en el discurso de los siglos han intentado reformar la Iglesia, y desterrar de ella errores y abusos imaginarios, ya en orden à los dogmas, ya en orden

(a) Rom. 10. v. 2.

dén à las costumbres? Quizá algunos de ellos procedian con una especie de buena fe: se alababan de haber recibido gracia para este asunto; y en efecto puede ser que los incitase algun movimiento de zelo; pero errado; que procediendo de un espiritu de cisma, no podia servir para edificar, sino para destruir. Si los que estaban animados de este zelo hubieran tenido al mismo tiempo otro, que es el de su perfeccion propia; si hubieran antes hecho reflexion sobre sí mismos para corregir su soberbia, su presuncion, su exceso en singularizarse, su porfia y terquedad, manantiales funestos y ordinarios de la heregia, les hubiera dicho su entendimiento, ò ellos se hubieran dicho à sí mismos: no es razon que mi sentir particular sea la decision y la regla, antes yo me debo sujetar à la autoridad de quien Jesu-Christo escogió por Cabeza, y el Espiritu Santo por Maestro. En materia de Religion no hay partido que tomar, sino el de la obediencia y unidad: y saliendo de estos terminos, aunque hiciera milagros, no solo los debia tener por sospechosos, sino mirarlos como ilusiones. Así lo hubieran pensado, así hubieran hablado; y el zelo de la reformation de sus personas hubiera corregido aquel imaginado zelo de una general reforma que los engañaba. Pero qué les sucedía por faltarles este cuidado de sí mismos? Lo que vosotros sabeis. Queriendo quitar abusos, llenaban el mundo de errores; no aplicandose jamas à remediar los males internos, que viciaban poco à poco el fundamento de su religion, se pervertian, se precipitaban como ciegos en el abismo de la perdicion, y arrastraban consigo à otros. Esto llamo un zelo erróneo.

Zelo caprichudo: id conmigo siempre, y reconocereis los desvarios del hombre, aun quando pretende el bien: zelo caprichudo, que sin haber aprendido à gobernarse por el buen juicio, quiere gobernar el mundo con supremo dominio; y lleno de ideas vanas, y à veces extravagantes, en lugar de aplicarse à corregirlas, pretende dar universalmente la ley, y reformarlo todo à su arbitrio, y segun la extravagancia de sus ideas. Pues qué exemplos no tenemos de esto en el siglo en que vivimos? Dexad obrar à algunos

incitados y conducidos de este espíritu, y vereis qué bellos efectos tiene su zelo. No habrá estados que no trastornen, ni obligaciones que no confundan, ni compañías en que no introduzcan la division, ni casas que no llenen de inquietudes. En lugar de proporcionar su zelo con las condiciones de los hombres, medirán las condiciones de los hombres con su zelo. En lugar de acomodarse à los genios y à los talentos, querrán que todos los talentos y genios se acomoden à sus humores, y à sus fines. Serán severos quando conviene ser blandos, y remisos quando convendria ser severos. Aconsejarán mas de lo que se puede, y no pedirán lo que se debe; querrán en puntos de perfeccion incitar à excesos incompatibles con lo que pide la obligacion. El uno obligará à retritos imprudentes, y fuera de sazón; el otro à estuendros insufribles, y aun escandalosos: aquel, de un hombre del-mundo bien intencionado hará un iluso; otro, de una muger virtuosa hará una devota caprichuda: porque todo no tiene mas principio, que un zelo mal entendido; y porque el principal agente que da impulso á los demas, no ha puesto su primer estudio en arreglarse à sí mismo. Fuera, pues, el remedio, prevenirse contra sí mismo: *Cura te ipsum*, y hacer las reflexiones siguientes: yo soy tenido por singular, y en efecto lo soy: yo tengo siempre dictámenes extraviados, y opuestos à los comunes. Pues debo creer que yo solo tengo luces en orden à la conducta del proximo? La prudencia no quiere que siga yo lo que comunmente está aprobado, y que me aparte de lo que veo que halla contradiccion por una razon universal? Así pudiéra el zelo hacerse discreto y prudente: pero en lugar de darse à sí mismo una leccion tan util, se juzga que los caprichos propios son una especie de talento: y por tener un entendimiento muy al rebes de los demas, se estima uno à sí por superior à todos; sin considerar, que tanto es mas verisimil que es inferior, quanto menos piensa serlo.

De ahí se sigue un zelo ceñido y limitado: lo que él ha juzgado bueno y santo, quiere que lo sea para todo el mundo; si todo el mundo no viene en eso, está resuelto à

à condenarle, y creer que todo él está perdido. Todo parece desvario, desorden y relaxacion, sino la planta de reforma que se ha ideado. Pues qué? Dios, que es el dueño soberano, ha hecho con vos algun pacto de no repartir sus dones ni sus gracias, sino conforme à vuestros designios? No tiene en los tesoros de su sabiduria otras ideas del bien, que las que vos proponeis? Llama à todos à un mismo genero de perfeccion? Nos conduce por un mismo camino à todos? A vos solo ha revelado sus caminos? Solo de vos se quiere servir para el cumplimiento de sus designios? Y ultimamente, quién sois vos para querer, si me es licito hablar así, acortar su providencia, y ponerla terminos? Hubiera sido menester prevenirnos con un entendimiento mas elevado: *Cura te ipsum*. Hubiera sido menester haceros de nuevo un alma capaz de todo lo bueno, ó por lo menos capaz de estimar lo bueno universalmente en qualquiera parte en que se hallare, y de qualquiera parte de donde viniere. Hubiera sido menester aplicaros aquellas palabras de San Pablo à los Corintios: *Etiamdem autem habentes remunerationem... Dilatamini & vos.* (a) Tened, hermanos míos, unos con otros un zelo menos estrecho y apretado. Con eso no se os verá cansar à todo el mundo con vuestros consejos; no se os oirán tantas declamaciones contra los que echan por rumbos diferentes de los vuestros, ni hareis tanto empeño en llevarlos de grado ó por fuerza à vuestro asunto.

Pero despues de haber rectificado el zelo por lo que toca al entendimiento, resta arreglarle y purificarle en lo que pertenece al corazon. Y aqui es donde nuestro amor propio triunfa, y echa el resto de todos sus artificios y astucias. Porque es engaño, Christianos, creer que qualquier zelo de la perfeccion del proximo es inspirado de Dios: si fuera así, ni fuera tan pronto, ni tan natural; no fuera el tenerle tan facil, y costára mas el mantenerle, ni se viera que los mas imperfectos, y aun muchas veces los mas

li-

(a) 2 Cor. 6. v. 13.

licenciosos son los que se precian de él. Pero está la ilusión en que se confunde todo, y se toma por verdadero zelo lo que es pura pasión: quiero decir, se toma por zelo lo que es enfado, lo que es inquietud, lo que es negociación, lo que es envidia, lo que es ambición, y lo que es interés, porque todo esto, aunque dista infinitamente de un zelo Christiano, no dexa de darle algunos colores, y tener sus apariencias. Por eso parece que la envidia se lamenta de los defectos del proximo, y antes tiene complacencia en criticarlos: la ambición solicita mandar con el pretexto de restablecer, ó conservar el buen orden: un genio astuto halla mil ocasiones de engreirse y entremeterse: la inquietud de un alma naturalmente bulliciosa la incita à que salga de sí misma, para ocuparse en las imperfecciones del proximo, y hallar en ellas materia en que cebarse: la melancolía se apropia el nombre de zelo, por tener titulo de litigar y condenar. Pero nada de esto, añade San Gregorio el Magno, es aquel zelo de Dios que tenia San Pablo, quando les decia à los Corintios: *Emulor enim vos Dei emulatione*. (a) Ese es el zelo del hombre, y de hombre apasionado, ciego y corrompido. Pues el zelo del hombre sin el de Dios, no es mas que un fantasma, y por hablar con la Escritura, idolo de zelo: *Idolum zeli*. (b) Esta es la expresion del Profeta Ezechiél; y bien sabeis lo que dice el Apostol Santiago: que la pasión del hombre, esto es, el zelo del hombre, no dá cumplimiento jamas à la justicia de Dios.

Pero si un hombre se ha estudiado antes à sí mismo para conocer los mas ocultos afectos de su corazon; si con unas santas violencias se ha hecho dueño de sus inclinaciones y de sus antipatías, de sus deseos y de sus averciones; si ha aprendido à reprimir su codicia, à ceñir su ambición, ahogar sus sentimientos, moderar los impetus de su ira, y sosegar sus inquietudes: estará en estado de discernir el espíritu que anima su zelo, y reducirle à los

ter-

(a) 2. Cor. 11. v. 2. (b) Ezech. 8. v. 5.

terminos de la razón y de la equidad. Sin mas piedra toque que sus reflexiones mismas, discernirá por entre los mas hermosos colores con que se viste el falso zelo, la malignidad de la envidia, la acrimonia de la malevolencia y el odio, los impetus de la venganza, los artificios de la cabalacion, las pretensiones del interes, los movimientos y violencias del natural. Sabrá quando conviene hablar, y quando conviene callar. No intentará remediar un mal muy ligero con otro mucho mayor: ni corregir un delito reparable con otro mas grave; quiero decir, con una murmuración horrorosa, ó con un ruido escandaloso. No insistirá con terquedad con apariencia de zelo en hacer sus tiros contra ciertas personas que no le agradan, mas que contra otras que son de su cariño, y en quien pasa por todo. En teniendo algun motivo para temer que sus intenciones no estan bastante purificadas, y que hay alguna pasión en ellas, tomará el partido de la humildad y del silencio, persuadiendose à que en todo caso vale mas arriesgar la perfeccion de su hermano que la suya propia. Ah! Dios mio, qué es el hombre, y qué à riesgo está de andar descaminado, aun quando parece que va por los caminos mas reales, y practica las virtudes mas excelentes? Pero sea de esto lo que fuere, no basta que nuestro zelo por la perfeccion del proximo esté autorizado y arreglado, es tambien necesario suavizarle; y para esto nos servirá el zelo de nuestra perfeccion particular, como voy à explicar en la tercera parte.

III. PARTE.

Si en el proceder de nuestra vida estuvieramos tan dispuestos à hacer à los demas la gracia que nos hacemos à nosotros, ó hacernos à nosotros la justicia que les hacemos à ellos, no era menester, dice San Juan Chrisostomo, buscar en la doctrina christiana modo de templar el ardor de nuestro zelo en orden al proximo; porque es constante, que no excediera jamas de los terminos de una justa moderación; pero como la iniquidad le da al hombre una

una inclinacion del todo contraria; y quando dexa obrar à su natural, le incita à no ser blando sino consigo, y à guardar todo el rigor para los demas, el zelo mas sincero y puro necesita de un temperamento, que sin enflaquecer su actividad haga mas tolerable su accion; y corrija sus excesos sin alterar el principio de donde nace. Asi reprimió el Salvador del mundo el zelo de dos discipulos suyos que se interesaron por su honra, y llenos de indignacion por el ultraje que habia padecido, le pedian que hiciese baxar fuego del Cielo sobre los Samaritanos. Zelo Apostólico, dice San Ambrosio, pero zelo cuyo rigor debia suavizarse con la uncion de esta admirable sentencia: *Nescitis cujus spiritus estis.* (a) No sabeis la ley en que vivis, ni qual es el espíritu de esa ley. Asi, segun la doctrina de San Pablo, el mismo zelo de la conversion de los pecadores, que debiera ser el mas ardiente y mas libre, quiere temperamentos prudents, y tan necesarios, que sin ellos, aun con ser tan divino, no solamente viniera à ser ineficaz, sino intolerable y odioso. Asi en todos tiempos los hombres Apostólicos, al insistir en las mas santas empresas, creyeron (si puedo explicarme así) que debian humanar su zelo, para darle aquel atractivo y aquella gracia de que estaban persuadidos dependia su fuerza. El punto, pues, consiste en hallar un temperamento infalible y seguro, que corrija los movimientos nimiamente vivos è impetuosos del zelo, aun del verdadero, que nos anima en orden à los otros: y digo tambien, que este temperamento es el zelo que una persona debe tener de sí misma. Ved la razon, que comprehende en solo un punto las mas excelentes instrucciones.

Consiste, pues, en que quien tiene zelo de sí mismo, al proponerse y mirar fuera de sí algun bien, tiene siempre à la vista aquella gran máxima de no arriesgar jamas la caridad, y antes abandonarlo todo que aventurar esta virtud, que mira como fundamento y vasa de todo quanto

(a) Luc. 9. v. 55.

intenta edificar. En primer lugar, y sin excepcion ninguna, dice con el Apostol: Aunque yo hablara el language de los Angeles, aunque hiciera milagros en el mundo, si no tengo caridad, soy nada. Es, pues, la caridad la que tiene todas las calidades de que se debe componer en un alma aquel admirable temperamento que buscamos. Y es imposible que el zelo degeneren en alguno de los extremos à que está expuesto, mientras la caridad le dirige: porque el zelo de que uno se siente movido en orden al proximo, quando excede, es naturalmente impaciente, precipitado, desabrido, imperioso, desconfiado, incredulo, y facil en darse por ofendido. Ved ahí sus defectos, ò por mejor decir sus excesos. Pero la caridad, con condiciones muy contrarias y dignas de notarse, es (segun San Pablo) paciente, humilde, sincera, sin rebozo, sin desabrimiento, sin dexarse llevar de impetus, ni desvaneciendose jamas, regocijandose siempre de lo bueno, y siendo poco facil en creer lo malo; de suerte que hallamos en ella todos los temperamentos que pueden perfeccionar nuestro zelo. Registremos con cuidado estas lineas, y no pasemos sin estudio unas reglas tan importantes y esenciales como estas.

El zelo de la perfeccion agena es naturalmente impaciente; porque se quisiera salir desde luego con lo que se pretende: se quisiera que lo mismo fuera acabar de hablar, que mudar el mundo de semblante, y que no hubiese ya aquellos abusos y delitos que se han condenado: y como no se ven dispuestas las cosas con tanta brevedad, no solamente se pierde el animo, sino tambien se concibe sentimiento contra la persona, se dan señales de indignacion, se prorrumpen en demostraciones de impaciencia; porque no se sabe conservar la caridad, que es paciente, ni se toma consejo de ella. Quereis, pues, hermano mio, decia San Agustin, ser mas moderado y mas sufrido en vuestro zelo? Considerad la eternidad de Dios: *Vis esse longanimis? vide aternitatem Dei.* Porque mirandolo bien, es vuestro zelo inquieto y apresurado, porque vuestra vida es corta; y esa impaciencia que mostrais quando no se corrige el proximo tan presto como quereis, es señal de

lo que sentís que sea tan breve vuestra vida. Mas Dios, cuya duracion es eterna, tiene un zelo tranquilo y sosegado. Como son suyos todos los tiempos, hace en uno lo que no hace en otro; lo que no consigue hoy, aguarda conseguirlo mañana; y su paciencia en sufrir lo malo, en lugar de ser un defecto que le humille, es un atributo de que se precia. Considerad esta eternidad santa, si quereis que vuestro zelo tenga el sosiego de aquella tranquilidad divina: *Vis esse longanimis? vide eternitatem Dei*. Este era el discurso de San Agustin; mas sin subir hasta la eternidad de Dios, me estará mejor descender à mí mismo, y decirme: adónde van à parar estas inquietudes, y estas priesas? Es este el modo de obrar de la caridad? Se porta así el Dios de la caridad conmigo? Dónde estuviera yo, si el zelo que tiene de mí se hubiera cansado en tantas ocasiones, y con tantos motivos? Por qué el zelo que tengo de los otros habia de tener menos constancia? Dios me ha esperado años enteros, y la menor tardanza me ha de apurar à mí? Yo me he resistido al zelo de Dios, y no he de poder sufrir que el mio halle resistencia? Hay cosa mas injusta? En esto fundaba San Pablo este punto doctrinal, en la apariencia tan paradoxo, y en la práctica tan verdadero, quando decia, que aunque el zelo es pronto y ardiente, la caridad es sufrida, y que la paciencia de la caridad debe detener la prontitud y ardimiento del zelo: *Charitas patiens est.* (a)

Como es impaciente nuestro zelo, es por conseqüencia necesaria enfadoso, molesto, lleno de amargura, y siempre habla en tono de inactiva y de reprehension; de suerte que parece que se toma por diversion el entristecer al proximo quando se le corrige, en lugar de consolarle, infundirle confianza, y darle aliento. Bien sabeis lo comun que es esta propiedad en el zelo, y la dificultad que cuesta muchas veces el defenderse de él à las almas mejor intencionadas y mas rectas. El decir, Christianos, que el zelo

(a) 1. Cor. 13, v. 4.

lo del Salvador de los hombres no fue de esta condicion; que por el contrario, hizo asunto de ganarlos, y con efecto los ganó con su blandura; que por mas vivo que fuese su ardimiento en lo que mira à los intereses de su Padre, por grande que fuese el horror que tenia à los escándalos que se cometian en el mundo, por mucha que fuese la austeridad que en las costumbres y en la vida pretendia establecer: (tres cosas las mas activas para avivar el fuego divino que le abrasaba, y para inflamarle) decir que nada de esto irritó su zelo, sino que de ahí mismo sacó razones para suavizarle, conociendo muy bien que una ley tan severa como su Evangelio, no reformaria jamas el mundo, sino en quanto la dulzura de su gobierno le hiciese amable; que el horror que tenia à los escándalos, separado de esta dulzura, no se encaminaria à destruir los escándalos, sino à los que los cometen; y el ardimiento de que estaba animado para mirar por los intereses de su Padre celestial, seria un fuego voráz que consumiría, y purificaría. Decir tambien que esta dulzura hizo omnipotente su zelo; que ablandó los corazones de bronce; que atraxo los Publicanos, santificó los pecadores, y obró las conversiones mas milagrosas; y en fin, que nuestro zelo no ha de conseguir sus fines por otros medios que los que sirvieron al suyo, ni que nuestra severidad ha de ser mas eficaz, ni mas afortunada; el hablar, digo, de esta suerte, y ponerlos à la vista este modelo, fuera una especie de demostracion, que no hay persona à quien no debiese hacer gran fuerza. Pero dexando todas las demas pruebas, quiero volverme siempre al mismo principio, que en su simplicidad tiene no se que fuerza mas sensible y penetrante. Porque en fin, hermano mio, (le puedo decir à qualquiera que excede en el zelo de los demas) consultate à tí mismo, y sé tú mismo tu Juez. Por muy dispuesto que te halles para aprovecharte del zelo que los otros tienen de tu adelantamiento y perfeccion, quieres que se tengan atenciones contigo, pretendes condescendencias y respetos, y no te ajustas à aquella exáctitud rigurosa y farisaica que no guarda medida alguna; no puedes llevar que te

se trate con altivez; si se trata de hacerte alguna advertencia, y darte algun aviso, juzgas que tienes razon para pedir que se tome tu tiempo, que se conozca tu genio, y se estudie tu natural: si se procede contigo de otro modo, en lugar de hacerte volver à lo que es razon, solo sirve de alkerarte. Pues no es razon que te pongas à tí la misma ley? Pides que los otros se compadezcan de tus flaquezas: pues te puedes dispensar de compadecerte de las de los proximos? *Nonne ergo oportuit, & te misereri conseruisti?* (a) Asi concluia nuestro divino Maestro, despues de habernos propuesto la parabola de aquel deudor que no queria perdonar la deuda que à él se le habia perdonado. Es puesto en razon, que no emplees en curar las llagas de tu hermano sino el vino, aunque mas acedo esté; y ser al mismo tiempo tan delicado, que no consientas que para curarte à tí se ponga sino aceyte sobre tus heridas? Segun la excelente regla del grande Obispo de Genova, no debe ser la suavidad lo primero con que se preparen las llagas que intentas curar? Pues si esta regla es conveniente en general, y para todo genero de personas, lo es mucho mas, dice San Gregorio Papa, para aquellos que dominados de habitos de mucho tiempo, y despues de haber vivido en graves delitos, toman la generosa resolucion de dexar sus primeras aficiones, y convertirse à Dios. Como son mas flacos, tienen mas necesidad de quien los ayude, de quien los apoye y los aliente. No porque haya de faltar la entereza; pero hay una entereza prudente, una entereza que sabe insinuarse y hacerse amar, y hacer que los mismos corregidos amen la correccion provechosa que reciben. Si los espantas con un zelo aspero y falto de misericordia, los pondrás horror al remedio, los apartarás del Sacramento, se entrarán en el abismo de los mismos desordenes, y lo abandonarán todo. Ay, cuántos pecadores tocados de Dios hubieran perfeccionado la obra de su conversion, si hubieran caido en manos de un Ministro que tu-

(a) Matth. 8. v. 33.

tuviera mas sufrimiento y compasion! Pero como el que encontraron los contristó, los melancolizó, y los desesperó, ya no hay esperar que hagan penitencia en la vida, y ni aun quiza en la muerte.

Sé que aquella caridad que inspira el verdadero zelo, y es tan propia suya, pide muchas atenciones y reflexiones. Sé que para no desordenarse algunas veces, es necesario estudiarse, y ser muy señor de sí mismo. Porque qué es, amados oyentes míos, de lo que se trata? Se trata de ganar à vuestro hermano para Dios: *Lucratus eris fratrem tuum.* (a) Se trata de apartarle del camino de la perdicion, y hacer que vuelva à los caminos de Dios. Le dexareis perecer por no haceros alguna violencia, despues de haber costado toda su sangre à Jesu-Christo el salvarle? Encended, Señor, encended en nuestros corazones este Profeta; pero qué digo? Con que Vos mismo os abrazasteis en el mundo. Hacednos sensibles para los intereses de vuestra gloria, para los intereses del proximo, y para nuestros propios intereses; y no perdonarémos nada por unas almas que os deben glorificar eternamente, y con las cuales debemos estar unidos eternamente en el Cielo; por unas almas, cuya santificacion y salvacion, despues de haber sido el asunto de nuestros desvelos, será la prenda de nuestra felicidad, adonde nos conduzca, &c.

(a) Matth. 18. v. 15.